

lo que no es posible, hubiese en nuestro país una Cámara para tolerarla, no permanecería yo cinco minutos más en el ministerio de Negocios extranjeros.» En aquellos instantes aquella arenga genuinamente militar pareció admirable, y no debe ocultársenos que acaso también lo habría parecido en lo porvenir si hubiésemos salido vencedores en la guerra, ya que la generalidad de los hombres miran menos la prudencia que la fortuna.

En medio de aquella efervescencia se procedió a votar la moción formulada por la izquierda y concretada por el Sr. Buffet, siendo rechazada la comunicación de documentos por 159 votos contra 84. Parecía que la Cámara quisiera, con esta votación, dar al gobierno el testimonio de una de esas confianzas ciegas, pero á menudo conmovedoras, que no quieren ilustrarse con pruebas; pero como el espíritu de incoherencia dominaba cada vez más, aquella confianza sólo fué otorgada para ser retirada á medias, pues los mismos que no se decidían á reclamar virilmente los documentos, tampoco se resignaron á ignorarlos del todo.

En el curso de la sesión se habían presentado y habían sido declarados urgentes cuatro proyectos de ley: dos se referían á la concesión de créditos para el ministerio de la Guerra y para el de Marina; los otros tenían por objeto autorizar el llamamiento al activo servicio de la guardia móvil y los alistamientos voluntarios para mientras durase la guerra. A las seis de la tarde reuniéronse los diputados en las secciones para nombrar la comisión; y cuando se vieron en una atmósfera menos candente, los ánimos se calmaron. Los que en público acababan de manifestar su docilidad ruidosa, al discutir á puerta cerrada sintieron un estremecimiento de inquietud, y no habiendo tenido el valor de ostentar públicamente su independencia, tampoco tuvieron esa abnegación excesiva que abdica hasta el final. Aquellos documentos que la mayoría no había querido ver excitaban una ansiosa curiosidad, la cual engendró un deseo muy general, y hasta muy ardiente, de conocer, si no todo, algo de lo sucedido. En una palabra, la comisión fué nombrada con el mandato de provocar y obtener aclaraciones.

Lo que siguió fué uno de los episodios más sugestivos de aquellas tristes jornadas. Tres ministros fueron citados ante la comisión, el de la Guerra, el de Gracia y Justicia y el de Negocios extranjeros. El de la Guerra, que llegó el primero, fué interrogado sobre varios extremos, especialmente sobre el material de artillería, sobre el estado de la caballería y sobre las aptitudes de los hombres que hacía tiempo habían sido restituidos á sus hogares. «¡Estamos preparados, estamos preparados!» replicó el mariscal, añadiendo que llevábamos gran ventaja sobre el enemigo (1). Presentóse también Emilio Ollivier, pero estuvo allí poco tiempo, «pues cuidados urgentes le llamaban á otra parte.» El ministro de Negocios extranjeros se hizo esperar, y hubo que enviar en su busca á uno de los empleados de la Cámara. Cuando compareció, se le hicieron varias preguntas. Los miembros de la comisión, fundándose en lo que se decía, sospechaban la existencia de

(1) *Enquête sur le gouvernement de la Défense nationale*, de claraciones Dréolle, Talhouet, Keratry.

nuevas exigencias que, por haber sido formuladas después del desistimiento del príncipe Leopoldo, habían complicado las negociaciones: «¿Han sido siempre las mismas las pretensiones?» preguntaron al Sr. de Gramont; éste, que llevaba su cartera, sacó de ella varios despachos que leyó, pero no íntegramente, según parece, sino por extractos y sin precisar las fechas, sino mencionándolos por su número, n.º 1, n.º 2, etc. Los individuos de la comisión retenían de memoria lo que podían, y cuando hubo terminado la lectura, el presidente de aquélla, que era el duque de Albufera, dirigióse al ministro diciéndole: «Parece que de estos despachos resulta que siempre habéis pedido lo mismo.» Como era más fácil callar que explicarse, el señor de Gramont nada respondió. Este silencio no significaba en él mala fe, pues su espíritu, mirando con prevención el asunto, consideraba la renuncia como un hecho sin importancia si á ella no iba unida la sanción del rey para el presente y para el porvenir, y en su concepto, el desistimiento del pretendiente y la garantía regia constituían una sola cosa, por lo que entendía que la petición formulada el 12 de julio no era sino el desenvolvimiento natural y hasta necesario de la reclamación presentada en un principio. Así se explica, únicamente por tratarse en él de una idea preconcebida, el silencio del duque, silencio que, aunque no entrañaba ninguna intención de engañar, engañó á la comisión, la cual creyó que las negociaciones se habían seguido hasta el fin sin variante, y haciendo suya esta versión, engañó á su vez á la Cámara y al país. Agotado este primer punto, se planteó la cuestión del insulto: «¿Qué ha pasado?» preguntaron los individuos de la comisión, uno de los cuales, el Sr. Dreolle, declaró más adelante que, á su modo de ver, tal insulto no había existido. El ministro, contestando á aquella pregunta, declaró que Bismarck había enviado un despacho á sus agentes en el extranjero anunciándoles la negativa de su soberano á recibir al embajador francés; y añadió que, si bien no tenía el texto de aquel despacho, sabía que había existido, y lo sabía por conducto de nuestro representante en Berna, gracias á una comunicación oficiosa y puramente confidencial del presidente de la Confederación Helvética. El Sr. de Gramont recomendó sobre este punto el mayor secreto, porque no se debía comprometer ni á Suiza ni á nuestros propios diplomáticos. Luego, entrando en más detalles, habló de cuatro ó cinco de nuestros agentes que habían recogido en términos casi idénticos los mismos informes. La más elemental prudencia exigía que la noticia fuese comprobada, porque aun cuando el rumor llegaba por muchos lados, ninguno de los que hablaban de él habían visto el despacho expedido de Berlín. La habilidad poco escrupulosa de Bismarck hacía verosímil que aquello fuese un lazo que se nos tendía; pero nadie pensó en esto, y si alguien lo pensó, no lo dijo. Existía, sin embargo, una persona que con una sola palabra podía aclararlo todo, el Sr. Benedetti, que á las diez de la mañana había llegado de Ems y aun estuvo en el Palacio Borbón, si no mienten mis informes; mas, según parece, ninguno de los miembros de la comisión trató de averiguar si estaba de vuelta, ni á ninguno se le ocurrió substituir su testimonio á las informaciones de segunda y tercera mano que habían de precipitar á Francia en la

guerra. Pasóse en seguida á la tercera pregunta: «¿Teñéis alianzas?» preguntó uno de los diputados. Esta pregunta se formuló en voz muy baja y el debate, si es que lo hubo, fué muy corto, pues algunos testigos de la escena declararon posteriormente que no se acordaban de nada. Sólo una frase quedó grabada en la memoria de los asistentes: el duque, interrogado por uno de ellos, respondió: «Si hace un momento os hice esperar fué porque estaba de conversación con el embajador de Austria y el ministro de Italia; espero que no me preguntaréis nada más sobre este punto.» La comisión, que había renunciado á mostrarse curiosa, no preguntó, en efecto, nada más, y después de dichas aquellas palabras que parecían ocultar muchas combinaciones profundas, el ministro salió del Palacio Borbón (1).

Faltaba resumir, para conocimiento de la Cámara y del país, lo que acababa de oír la comisión, y el tiempo apremiaba. Sobre la mesa habían quedado algunos documentos. ¿Cuántos y cuáles? Nunca se ha sabido á punto fijo. Cuando se trató de nombrar ponente, la elección recayó en el Sr. Talhouet, uno de los hombres más honrados de la Cámara, en la que todos lo eran; asustado de la misión que se le encomendaba, exigió que el trabajo se hiciera en común, y la comisión le dió como colaboradores al Sr. de Keratry, que era fogoso partidario de la guerra, y al Sr. Dréolle, que, según sus propias palabras, sólo de mala gana cedía á la corriente. Después, todos pusieron manos á la obra, lo cual raras veces es el mejor sistema para hacer las cosas bien y de manera que sean expresión exacta de la verdad. La ponencia se redactó inmediatamente en la misma mesa de la comisión, como si se tratara de un acta de la sesión celebrada, y en ella se consignaron muchas cosas que, vistas á distancia, causan gran asombro y que el íntegro marqués de Talhouet, substraído á la atmósfera febril de aquellos tristes días, no pudo volver á leer sin experimentar cierta confusión. Declarábase «muy categóricas» las declaraciones del ministro de la Guerra, y «muy completas y muy claras» las del ministro de Negocios extranjeros; y se afirmaba, fundándose en las palabras del duque de Gramont y más aún en su silencio, «que el gobierno, desde la primera hasta la última fase de las negociaciones, había perseguido lealmente el mismo fin.» En apoyo de esta afirmación se reproducía una parte del telegrama de Ems, pero de una manera inexacta, puesto que, aparte de que contenía ciertas alteraciones, se le presentaba como el primero mediado en las negociaciones, siendo así que era del 12 de julio. ¿Procedía el error del ponente que, habiendo cogido al vuelo los despachos leídos, los había anotado equivocadamente? Por el contrario, como es más probable, ¿había el Sr. de Gramont, al hacer su relato, descuidado el orden de las fechas y se había limitado á resumir y parangonar, siguiendo sus propósitos sistemáticos, documentos que habría sido correcto no mezclar? Sobre este punto, que fué durante mucho tiempo discutido por los contemporáneos, reina una incertidumbre que seguramente no se aclarará jamás. Únicamente puede afirmarse que faltó el ministro no presentando todos los documentos

(1) *Enquête sur le gouvernement de la Défense nationale*, de claraciones de Talhouet y Dréolle.

y faltó la comisión no reclamándolos. La ponencia terminaba con el testimonio más solemne de adhesión al gabinete, y en verdad que fué gran fortuna para el ministerio encontrar tan oportunamente al más digno y respetable de los hombres para firmar aquellas supremas resoluciones.

Mientras la comisión iba en busca de la verdad, bien que tímida y febrilmente, de un modo incompleto y con la precipitación cabalmente necesaria para extrañarse en sus juicios, los diputados, que se habían dispersado después de la reunión de las secciones, regresaban al Palacio Borbón y volvían allí vagamente turbados por su responsabilidad, violentamente agitados por la cólera ó por el temor y todos en un estado de enervamiento que les impedía ver las verdaderas proporciones de las cosas. La continuación de la sesión estaba anunciada para las ocho y media y á esta hora comenzó á llenarse el hemiciclo; pero viendo que la comisión no se presentaba y demasiado excitados para permanecer en sus puestos y demasiado ansiosos de conocer el desenlace para marcharse, los diputados se reunieron en grupos en las inmediaciones del salón, quedando sólo en los bancos unos pocos que, á la luz de las arañas que acababan de encenderse, leían los periódicos de la noche. De cuando en cuando un recién llegado comunicaba los rumores que circulaban por la capital y que parecían hechos *ex profeso* para los belicosos: en los bulevares y en las cercanías de la Bastilla oíase el canto de la *Marsellesa*, no ya entonada á media voz como en los primeros días, sino con acento provocador; varios grupos compactos recorrían las calles gritando «¡á Berlín! ¡abajo Prusia!» y en medio de la noche que iba cerrando comenzaban á brillar las iluminaciones. Esto fué lo que refrieron los noticieros, y bajo estas impresiones cedieron los indecisos, que dejaban decir, y aun repetían ellos mismos, que resueltamente la opinión lo arrollaba todo. Al dar las nueve, el presidente abrió la sesión, pero la suspendió inmediatamente por haber recibido aviso de que el ponente no había terminado su tarea. Prolongóse la espera, aunque no sin ciertos murmullos; porque los diputados, que como todos los contemporáneos juzgaban con criterio muy distinto del que había de prevalecer en lo porvenir, censuraban á la comisión por su lentitud, así como hoy se la censura por su precipitación. Por último, á las nueve y media los diputados ocuparon precipitadamente sus asientos; el ponente y sus colegas acababan de entrar en el salón.

En medio de un silencio profundo, el Sr. de Talhouet subió á la tribuna: el rostro de aquel hombre bueno, benévolo y cortés, tenía una expresión más grave, más preocupada que de costumbre; y aun se observó, según algunos afirman, que las hojas del papel que leía temblaban ligeramente en sus manos. A medida que la lectura se prolongaba, multiplicábanse las muestras de aprobación en la derecha, mientras en los otros bancos se notaban la sorpresa y la perplejidad. Thiers había afirmado que el incidente, apaciguado por la renuncia del príncipe de Hohenzollern, había vuelto á suscitarse á causa de las nuevas é imprudentes exigencias del gobierno francés, y el Sr. de Talhouet afirmaba ahora que éste «había perseguido siempre el mismo fin;» en el centro izquierdo y en la izquierda se había

puesto en duda el insulto, y a comisión certificaba la existencia de varios despachos que comunicaban la desdenosa negativa de audiencia, negativa que había sido hecha pública en toda Europa; muchos temían la insuficiencia de los preparativos militares, y la comisión se manifestaba plenamente satisfecha de las declaraciones del general Lebœuf. El efecto de estas declaraciones fué decisivo, porque si á los ministros se les podía suponer, no impostores porque ninguno lo era, pero sí parciales y apasionados, para nadie, ni amigo ni adversario, podía ser sospechoso el Sr. de Talhouet, ese personaje de recta inteligencia, de alma íntegra y demasiado libre de todo compromiso oficial para no ajustarse á la más estricta imparcialidad. Aquel mismo día había dado pruebas de su independencia, porque era uno de los ochenta y cuatro que habían pedido la comunicación de documentos. La oposición quedó confundida y el gobierno recobró todas sus ventajas; y de esta suerte una información incompleta evocó solamente claridades engañosas, mil veces peores que la obscuridad absoluta.

Sin embargo, se dió una última batalla, un combate desesperado que inició Gambetta. A diferencia de sus colegas republicanos, era éste poco amante de las teorías cosmopolitas, y las tendencias de su carácter le habrían inclinado de buena gana á la guerra; pero su principal fuerza, su astucia principal, fué declararse patriota y rechazar la guerra, no tanto por la guerra misma como por el incidente que iba á engendrarla, y apoyándose en este terreno perfectamente deslindado, señaló la causa natural que había viciado toda la deliberación: «Hoy, dijo con grave moderación, hemos abandonado los unos y los otros la sangre fría y la mesura que convienen á resoluciones de tan gran alcance.» Y luego, entrando en el fondo del debate, añadió: «No podréis contar con las simpatías de Europa ni con el asentimiento de Francia, si no resulta de vuestras explicaciones que habéis sido real y profundamente ultrajados.» Después formuló todas las objeciones que ningún político de mediana experiencia habría dejado de formular sólo con que hubiera conservado su calma. Se habla de insulto, decía Gambetta, y en esto estriba el motivo verdadero de la ruptura; «pero vuestro embajador no os ha enviado ningún documento de protesta, ningún despacho indignado, y no ha creído que su situación le obligara á pedir sus pasaportes, ni ha realizado ninguno de estos actos graves, ninguna de estas violencias diplomáticas que son signos precursores de un rompimiento. ¿Qué queda, pues? El despacho del Sr. de Bismarck. Pero este despacho ¿está concebido en términos que hagan necesaria la guerra? Este despacho es preciso que lo veamos, que lo discutamos con vosotros.» Así habló Gambetta, conteniendo sucesivamente y con gran habilidad los murmullos ó dominándolos con su voz potente. En realidad de verdad, todo en aquel debate es causa de asombro: hacía muchas horas que aquellos á quienes se citaba como los más honrados, los más autorizados y los más perspicaces, se mantenían en el equívoco sin que su espíritu turbado lograra salir de él; y en cambio, la prudencia, desterrada de todos los labios, se posaba, como por casualidad, en los de un advenedizo, tribuno hacía poco obscuro de un partido faccioso.

Todos los esfuerzos habían de ser, sin embargo, im-

potentes para impedir ó atenuar las últimas resoluciones; la ponencia del Sr. de Talhouet había arrastrado á los tímidos, á los indecisos, á todos aquellos que sólo buscaban un pretexto para declarar salvada su responsabilidad y tranquilizada su conciencia; y los que todavía dudaban, reconcentrábanse tristemente. Después de once horas de sesión ¡y qué sesión!, todo el mundo deseaba que terminara el asunto. Muchos, vencidos por el cansancio, se inclinaban en su banco, y entre los diputados de la derecha se observaban largos intervalos de calma que indicaban, no una reacción en sentido de templanza, sino una fatiga más fuerte que la cólera. Era cerca de media noche cuando se procedió á la votación, y en aquel momento, los más rebeldes, los más prevenidos en contra del gobierno, no se atrevieron á negar á éste sus sufragios, ora por escrúpulo de patriotismo, ora por el convencimiento firme de que la suerte de las armas favorecería á Francia. Más adelante, en presencia de la comisión investigadora, el duque de Gramont diría, á modo de excusa y en una forma no exenta de nobleza: «Resolvíme á la guerra con una confianza absoluta en la victoria. Creía en la grandeza de mi patria, en su fuerza, en sus virtudes militares, como creo en mi santa religión.» Este sentimiento, que el duque llevaba grabado en su corazón desde la infancia, fué el de muchos. Contra los créditos sólo hubo diez votos, contra los demás proyectos uno.

XIX

¡La suerte estaba echada! De un engaño perverso que ninguna perspicacia había desenmascarado, había-se derivado toda una serie de engaños inconscientes: Gramont y los cortesanos engañaron al ministerio, el ministerio engañó á la comisión de los créditos, ésta á la Cámara, y ésta, á su vez, á la nación. Las temeridades del gobierno francés habían permitido la impostura de Bismarck, y esta impostura había hallado un camino fácil en espíritus presuntuosos, irritados y crédulos en el grado preciso para apartarse de la verdadera senda. Para que la obra del gran perturbador fuese completa, convenía que la agitación creciese al otro lado del Rhin en la misma proporción en que crecía en Francia; y en aquel día 15 de julio, tan propicio á su poderío y tan mortal para su honor, vióse á Bismarck destruir en su país, con igual seguridad que en el nuestro, toda probabilidad de apaciguamiento.

Uno de los cuidados más urgentes había de ser subsstraer á la diplomacia. El conde de Granville había sometido en 14 de julio al Sr. de Bernstorff un proyecto de arreglo, por el cual Francia retiraría su demanda de garantías y en cambio el rey notificaría al gobierno imperial su consentimiento á la renuncia. En la mañana del 15, el primer ministro prusiano rechazó aquella indicación, manifestando que, ante las amenazas de Francia, Prusia había demostrado suficientemente su moderación, que todo nuevo sacrificio sería una debilidad, que la candidatura había sido retirada y que Su Majestad nada más tenía que decir. Tal fué la respuesta que el Sr. de Bernstorff recibió el encargo de comunicar al jefe del *Foreign-Office* (1).

(1) Véase *Correspondence respecting the negotiations preliminary to the War*, pág. 30.

Bismarck, después de haberse desembarazado de los diplomáticos, acabó de exasperar á su propio pueblo. La información publicada en la noche del 13 había enconado el telegrama recibido de Ems; y la noticia propagada por la *Gaceta de la Alemania del Norte* fué enconada á su vez por los comentarios que sobre ella se hicieron. Berlín en masa protestó contra la insolencia del Sr. Benedetti, y todo el mundo decía que la jactancia había sido castigada como merecía y que el rey había echado de palacio al embajador. A la leyenda del insulto se juntó otra leyenda, la de la carta de excusas que se dijo había sido dictada por el duque de Gramont al Sr. de Werther, leyenda que produjo gran indignación contra Francia, contra su impudente ministro y contra el propio Sr. de Werther. Avivados los antiguos odios por las recientes ofensas, trajéronse á la memoria 1813, Leipzig, la gran lucha contra el enemigo hereditario, en una palabra, todo lo que la enseñanza pública había consagrado durante los últimos cincuenta años, todo lo que los padres habían relatado á sus hijos. Bismarck vigilaba para que la emoción se propagase aun en aquellos países adonde su dominación sólo se extendía á medias. En Baviera, en Wurtemberg, los gobiernos y el público habían seguido, con atención irónica al principio, la cuestión Hohenzollern, siendo allí opinión general que Prusia se vería obligada á ceder, y esta pequeña afrenta tenía para los vencidos de 1866 un sabor de desquite que no desagradaba. Pero, desde hacía dos días, el incidente español, pérfidamente explotado por los agentes prusianos, se convertía en una contienda nacional, y ante estas perspectivas completamente nuevas, comenzaba á tomar cuerpo la idea, en un principio rechazada, de una acción con Prusia: así pensaban en Munich, en donde chocaban con fuerza casi igual la corriente pacífica y la corriente belicosa; así pensaban en Stuttgart, en donde el Sr. de Varnbühler censuraba en términos muy duros á Francia porque inconsideradamente había trocado la mejor de las posiciones por la peor (1). Si tal era la evolución aun entre las víctimas de Prusia, ¡cuál no debía ser el espíritu público en el Norte de Alemania y, sobre todo, en Berlín! Reinaban allí una emoción intensa y una resolución sombría: el rigor de las leyes sometía á todo hombre válido al servicio militar y por ende la guerra significaba desgarramiento de la vida de familia, éxodo universal hacia los campamentos; de aquí que el sacrificio no se llevaría á cabo sin dolor y se consumaría con sorda cólera, y como se creía de buena fe que el rey había sido insultado y que la patria estaba amenazada, toda aquella cólera debía recaer sobre Francia.

Aquel día, 15 de julio, había de regresar el rey á su capital. Por la mañana había salido de Coblenza y en el camino recibió numerosos mensajes, testimonios de lealtad y de adhesión. En aquellas circunstancias decisivas, no manifestaba la menor turbación, antes bien, si hemos de dar crédito al consejero Abeken que le acompañaba, atendía hasta á los menores detalles con espíritu libre de toda preocupación (2). El príncipe real,

(1) *Correspondance de M. de Saint-Vallier (La rupture avec le Wurtemberg*, págs. 18 y siguientes).

(2) Enrique Abeken, *Ein schlichtes Leben in bewegter Zeit*, págs. 377-378.

Bismarck, Moltke y Roon fueron á recibir al soberano á Brandeburgo y le enteraron de las noticias recibidas de París, pero no del manifiesto del Cuerpo legislativo, pues aún no lo conocían. En el entretanto, en Berlín, los ministros y los altos funcionarios, presididos por el anciano mariscal Wrangel, se habían reunido en la estación de Potsdam, entonces provisional, para esperar al monarca. Eran las diez cuando llegó el tren; fuera de la estación había una muchedumbre agitada. En aquel momento apareció el secretario de Estado, Sr. Thile, portador de un telegrama que se acababa de recibir y en el cual se resumían los debates del Cuerpo legislativo francés, y no pudiendo llegar adonde estaba el rey, entregó el documento al general de Roon, quien lo puso en manos del soberano. No era todavía la declaración de hostilidades, pero sí su equivalente. En la sala de espera hubo una deliberación. Junto á Guillermo estaba el Kronprinz, luego Moltke, Roon, Bismarck y algo apartado el Sr. de Thile; los individuos del séquito habíanse retirado á cierta distancia y la mayor parte de las frases no llegaban hasta ellos. Sin embargo, varias veces se oyó la fuerte voz de Roon que decía: «Sí, ciertamente, Majestad, todo está dispuesto.» Al cabo de algunos instantes, el príncipe real se acercó á los grupos y les dijo: «Se ha ordenado la movilización.» Por entre una multitud que se calculó en más de cien mil personas, dirigióse Guillermo al palacio real, en donde firmó el decreto convocando el Parlamento de la Confederación del Norte (3). El paseo de los Tilos estaba iluminado al igual que nuestros bulevares; resonaban allí himnos nacionales como aquí la *Marsellesa*; y, en una palabra, el mismo aparato era en ambos países el resultado de la misma impostura. A la misma hora en que nuestros diputados salían del Palacio Borbón el rey Guillermo llegaba al Castillo; y por la noche salieron de Berlín las órdenes de movilización, del mismo modo que salían de París. Bismarck tenía ya la guerra y había obligado á su adversario á provocarla.

XX

Un destino funesto había arrebatado á este mundo al único hombre que tal vez habría contenido las imprudencias, frustrado los planes de la bellaquería y aclarado el espantoso equívoco. Con la doble fuerza que le daban la consideración de que gozaba en Europa y la influencia que tenía sobre Napoleón, conciliador por su conocimiento de los hombres y su larga permanencia en el poder, amigo de la paz cuyas máximas á menudo proclamara, lord Clarendon ni estaba ligado á Prusia como Gortchakof, ni se veía, como Beust, embarazado por los complicados negocios de su país. Su imparcialidad, su experiencia, su moderación le habrían designado, en aquellas circunstancias extremas, para salvar lo que todavía pudiera salvarse. Pero el que durante tanto tiempo había estado al frente del *Foreign-Office*, reposaba desde el 2 de julio en el cementerio de Watford.

Realizáronse, á pesar de todo, algunos esfuerzos su-

(3) Véase *Denkwürdigkeiten aus dem Leben des general Grafen von Roon*, tomo III, pág. 166. — Véase también el informe de lord Loftus al conde Granville, 16 de julio de 1870 (*Correspondence*, pág. 51).